



MINUTO MUERTO, Poemas, por Gerardo Chiriboga. Editorial Eban. Quito.

Cada día entiendo menos esta poesía modernista. Desprovista de conceptos y medida, y casi siempre de sentimiento, bases fundamentales de una sólida poesía, se sostiene solamente en uno que otro arranque de sugerencia, que hiere un instante la imaginación, y después... nada. Palabras únicamente, palabras que se agrupan sin ton ni son, como un desbarajuste de palabras; cataclismo de ideas, de entre cuyos escombros se escapan a veces, raras veces, destellos del fuego creador. Y después, de nuevo lo caótico.

Representativa de una época desorientada y sin representación clara ideológica, el leerse uno de sus libros es como caminar por sobre hacinamientos de piedras: Después de andar a tropezones acá y allá, se encuentra uno al fin alguna fugaz amapola lírica.

Si es que se la encuentra. Como en este libro de Gerardo Chiriboga, en el que, tras de romperse un poco las narices la paciencia, en el trayecto, se logra coger, entre página y página, algunas sorprendidas flores de imaginación, que, además de su belleza artificial, tienen un natural aroma de sentimiento:

«Sangre de horizontes fundióse en mi sangre.  
Y con los pinceles de mis nervios rotos  
trazo la acuarela de mis pensamientos».

(Poliedro, pág. 13).

«Polen de estrellas abeja de la luna  
trajera en sus alas».

(Flor de Té, pág. 79).

Pero, nos alzamos luego, con la flor en las manos, y seguimos, deseosos ahora de lo imprevisto, la lectura de *Minuto Muerto*. Y lo imprevisto viene a ser en este libro el que, más adelante, nos encontremos a menudo con la corriente, con la vieja poesía retórica, llena de afeites modernistas. Y, —¡oh contrasentido!— en estos caminos parejos, sólo crecen a ras del suelo, conceptos demasiado parejos:

«Flor de Té  
al verte soñé:  
que fuiste una Ñusta del Imperio del Sol»,  
(Ñusta Soñada, pág. 70).

«El indio es HOMBRE... ¡y entonces  
que viva como los HOMBRES!!!»  
(Alborada del Indio, p. 88).

La mejor poesía de este libro—una amapola muy roja—es, a nuestro parecer, el *Sátiro* y la *Ninfa*, digna de parangonarse con la *Casada Infiel*, de García Lorca. Por su índole y extensión, no la reproducimos en esta nota.

En general, hay una cierta medida, rara en los poetas modernistas, en este poeta ecuatoriano. Cierta diapasón de pensamientos, ni muy alto ni muy bajo. Hasta su tendencia ya indecisa-mente de lo nuevo a lo... viejo (iba a decir a lo «eterno»); de lo viejo a lo nuevo: su brújula oscila entre los sólidos continentes y los atrabiliarios mundos irreales. El tiempo definirá sus horizontes.—G. K.



ROMANCERO, por *Daniel de la Vega*. Ed. Ercilla, Santiago.

Veintiocho libros, como veintiocho medallas, condecoran la labor literaria de Daniel de la Vega. ¡Ponderable e imponde-